

lector se queda con la impresión, en lo que al cuento o novela de mar se refiere, de que los autores le hablan de algo que no conocen lo suficiente. Por eso, tal vez, predominan el tópicos y la alusión sobre la auténtica realidad novelesca.

En el libro de Laurencio Gallardo—como anota bien el prologador—hay mucho entusiasmo. Entusiasmo por haber vivido y por contar lo vivido. Sin embargo, no logra o no quiere acercarnos a sus personajes. Sólo se oyen sus gritos, sus exclamaciones, en los más variados idiomas. Gallardo coloca estas exclamaciones e imprecaciones en mayúsculas y con notas explicativas, como si quisiera señalarnos que éstas y no otras son las auténticas palabras que usan los marineros.

En las novelas del mar como en las del campo, parece que el camino va a ser el mismo: empezar anotando lo que dicen...

El autor aparece influenciando a sus personajes. Les escribe sus cartas a estos hombres de máquina, les lleva ideas socialistas. Aprenden las palabras Lenín y Revolución de Octubre.

Gallardo es un escritor casi exclusivamente auditivo. El lector no logra familiarizarse con ningún gesto, con ningún carácter novelesco. Estos existen en la obra, pero desaparecen ante la manifiesta importancia que da el autor a toda clase de violencias expresivas, sin duda de alto valor folklórico.

Gallardo conoce bien su asunto, pero no ha sabido aprovechar esta ventaja, en el afán de demostrar competencia en el tema que trata. Su obra es la de un aprendiz de literato que no ha logrado suplir su inexperiencia literaria con su experiencia vital.—JUAN URIBE-ECHEVARRIA.



EL CREPÚSCULO DE LAS CATEDRALES, Novela por *Miguel Luis Rocuant*.

Tenemos entendido que don Miguel Luis Rocuant pertenece a la generación de escritores chilenos de alrededor de 1900.

Su primer libro creemos que fué el editado el 99 y que versaba sobre impresiones de la vida militar. Desde entonces acá ha publicado como diez volúmenes, tres de poesías. Muy vagamente, el que comenta, recuerda haber leído uno de sus tomos de versos, quince o más años atrás. Era todo el conocimiento que de su labor tenía. Seguramente, su permanencia dilatada en el extranjero es la causa de que su obra sea casi desconocida por las actuales generaciones del país. La lectura de su último volumen, cuyo título sirve de epígrafe a estas líneas, es debido a una gentileza del autor.

«*El Crepúsculo de las Catedrales*» ha sido editado en España recientemente (1) existiendo de él ya una traducción francesa firmada por Adolfo de Falgairolle—lo mismo que de su libro anterior llamado «*La Barca de Ulises*»—y según parece, es la primera novela que entrega al público, teniendo otra en preparación.

Desde un comienzo esta obra logra interesar por la simpatía comunicativa que emana del protagonista y de don Anselmo, que son las primeras personas que entran a actuar en el relato. Este don Anselmo es un periodista, ya entrado en años, muy agudo e instruído, que a veces habla sentenciosamente, pero siempre con definida claridad, con precisión certera y a menudo con feliz ocurrencia sobre los más diversos motivos. De la política dice que es el arte de las actitudes y considera que los principios... son los fines o afirma oportunamente que «la amenaza del castigo crea la tentación».

Está muy bien delineado don Anselmo, bondadoso, comprensivo, inteligente. Lo vemos y lo sentimos moverse, agitarse, con sus cabellos grises, su alta estatura, sus sosegados movimientos. Su segura humanidad la hemos encontrado más de una vez en el camino... o la encontraremos. Tiene tanta realidad, está tan bien observada su psicología que resulta uno de los personajes

---

(1) Espasa-Calpe.—Madrid. 1935.

más firmes y atrayentes de «*El Crepúsculo de las Catedrales*». No sería aventurado suponer que en don Anselmo ha puesto el señor Rocuant lo mejor de su experiencia de varón maduro, así como en Luis Alberto, el protagonista, lo más querido y estimado de sus años mozos, pues don Anselmo viene a ser la consecuencia de este último, no obstante la falta de similitudes que a primera vista pudiera notarse, pero que son debidas sólo a las diferencias de edades. En lo íntimo, en lo subjetivo la relación entre ambos es innegable. Semejante unidad en estos personajes, exteriormente sin duda distintos, aunque tienen identidad de oficios, hace crecer el tamaño del interés por ambos, porque vemos vivir en el joven Luis Alberto a don Anselmo joven y en éste al Luis Alberto que será, ya que la consecuencia psicológica así lo hace esperar.

Pronto aparece una joven, linda, encantadora indecisa-mente misteriosa que atrapa la atención de Luis Alberto y... del lector. Con ella se crea un nuevo elemento de atracción en la novela y lo temático, lo anecdótico empieza a adquirir contorno, volumen, aunque en este sentido «*El Crepúsculo de las Catedrales*» no incurre en la abundancia excesiva que, cuando no se poseen grandes condiciones de imaginación (y otras) para mover, destacándolos individualmente—como hace Dostoievski, por ejemplo—innumerables individuos, deviene en una sostenida pesadez. Al contrario, la anécdota es más o menos sobria y el interés que la lectura de esta novela va provocando proviene principalmente de la estatura psicológica de los protagonistas, de las opiniones de los mismos y del conflicto sentimental y sexual que se suscita entre Luis Alberto y la joven a que aludimos más arriba y que es después la figura femenina central del libro.

Luego sabemos que Raquel, así se llama la muchacha, es casada con un rico hacendado del sur del país. Un matrimonio de tantos, sin mutua estimación, sin correspondencia sexual efectiva, sin ese equilibrio del espíritu y del sexo entre los cónyuges que según Lawrence es la base fundamental del buen

entendimiento en el matrimonio o en la durabilidad y dignidad de las relaciones entre varón y mujer. Ella está de paso en la capital, por estar cerca de una hermanita enferma que se halla hospitalizada en una clínica. Pero, con el conocimiento de Luis Alberto, la estadía se prolonga. Los pretextos no faltan para ello. Y al fin, sucede lo lógico, ambos se comprenden... y se aman. Lo de siempre. Paseos, visitas a exposiciones, cinematógrafos, reuniones sociales, todo lo que se puede hacer en una ciudad grande. Después, el veraneo. El marido se reúne. Celos del amante—que le sirven al señor Rocuant para expresar atinadas consideraciones—ignorancia del esposo. Un viaje al extranjero con cualquier motivo externo. El marido, en la hacienda. Luis Alberto se reúne en Europa con Raquel. Esta va a separarse legalmente de su cónyuge. Sobrevienen, se acrecientan más bien dicho, luchas interiores, escrúpulos, indecisiones. La vuelta sorpresiva para Luis Alberto de su querida al hogar. He ahí, en esquema, la trama. Bien simple, es cierto, pero suficiente. Entre ella, a veces personajes secundarios curiosos, como ese poeta Velásquez, un tanto anarquista y bohemio, un tanto rebelde y declamatorio. Por ahí explica por qué se considera un dios:

—«Pues, primero, porque me siento solo en lo infinito; en seguida, porque mi espíritu no está limitado, sino decorado por la naturaleza; después, porque soy creador de cosas bellas que para algunos no lo son, por lo cual tengo también mis incrédulos, mis blasfemos, mis ateos.

—De acuerdo, murmuró don Anselmo.

—Y, por último, porque todo lo que he rimado se lo llevará el viento, como se llevó las únicas palabras escritas, antes de mí, por un dios: las que, delante de los escribas y los fariseos prestos a lapidar a la adúltera, trazó Jesús, con el índice, en el polvo de Jerusalén»...

Sin conocer los anteriores libros de don Miguel Luis Rocuant estamos tentados de afirmar que «*El Crepúsculo de las Cate-*

*drales*» es uno de los mejores que ha publicado. Se ve ciertas madurez en el pensamiento, conocimiento seguro de los resortes novelescos, gran facilidad y destreza para manejar el diálogo, un lenguaje correcto—no nos interesan los posibles galicismos—o más bien, un lenguaje oportuno, trasparente. Además, habilidad en el análisis como también en el desenvolvimiento de la trama. Un libro chileno, en buenas cuentas, que puede leerse con satisfacción.—A. T.



BREVE TRATADO DE LITERATURA GENERAL Y NOTAS SOBRE LA LITERATURA NUEVA, por *Luis Alberto Sánchez*.—Editorial Ercilla, Santiago, 1935.

Al terminar de leer este libro me vino a la memoria el texto de Barros Arana, «Retórica y Poética», con que amargarán mis años de estudiante. Pesado, confuso, con largas disquisiciones académicas, fué tormento de mi ignorancia juvenil y es ahora mal recuerdo en mi madura vida de escritor.

Si el estudio de la Preceptiva Literaria fué cansado siempre, y lo sigue siendo en muchos libros que todavía circulan, ello se ha debido, más que a la aridez del tema, al tono doctoral que emplearan sus divulgadores, satisfechos de ciencia y poco artistas.

Ciento setenta páginas, en tipo grande y espaciado, tiene apenas este libro de Sánchez, y está en él todo lo fundamental de la teoría literaria. Desde la utilidad de sus reglas, tan relativas en lo que a la formación del escritor se refiere, hasta los géneros literarios y sus relaciones con la vida social, y hasta la socialización de la belleza, todo lo que atañe a la literatura está magníficamente sintetizado, con claridad de exposición y cierta novedad de método.

Hay, es claro, en este breve tratado, como en toda obra